

# SARA GRUEN EL AGUA DE LA VIDA

Una tierra de misterio y leyendas.  
Un amor capaz de cambiarlo todo.



SARA GRUEN

# EL AGUA DE LA VIDA

Traducción de  
Claudia Conde

 Planeta

Título original: *At the Water's Edge*

© Sara Gruen, 2015

© por la traducción, Claudia Conde, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-15026-8

Depósito legal: B. 92-2016

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

### **Highlands, Escocia, 14 de enero de 1945**

—¡Dios mío, haz que pare! —dije mientras el coche tomaba otra curva más en la oscuridad casi absoluta.

Habían pasado cerca de cuatro horas desde que habíamos salido de la base naval de Aultbea, y desde entonces no habíamos hecho más que saltar a toda velocidad de un puesto de control al siguiente. Creo sinceramente que no hubo ningún otro momento en que el conductor utilizara los frenos. En el último puesto de control, vomité copiosamente, y por poco no le ensucié las botas al guardia. El hombre ni siquiera se molestó en comprobar nuestra documentación. Levantó la valla roja y blanca y nos indicó por señas que pasáramos con una mueca de disgusto.

—¡Conductor! Pare un momento a un lado —dijo Ellis, que iba sentado en el asiento trasero, entre Hank y yo.

—Me temo que no hay ningún «lado» —replicó el conductor con marcado acento de las Highlands antes de detenerse en medio de la carretera.

Era cierto. Si hubiera salido del coche, me habría hundido hasta los tobillos en el barro y la vegetación espinosa, aunque tampoco es que mi ropa y mis zapatos fueran a quedar mucho peor de lo que estaban. Se hallaba impregnada de la cabeza a los

pies de azufre, cordita y el hedor del miedo. Las medias se habían transformado en meras telarañas tendidas sobre mis piernas, y el esmalte escarlata se me había descascarado en las uñas rotas. No me lavaba el pelo desde la víspera de nuestra salida de los muelles de Filadelfia. Nunca me había encontrado en un estado semejante.

Saqué la cabeza por la puerta abierta y vomité un poco más, mientras Ellis me frotaba la espalda. La nieve mojada se me acumulaba en la cabeza.

Volví a sentarme en posición normal y cerré la puerta.

—Ya está. Lo siento. ¿No podría quitar esas cosas que tapan los faros? Creo que me sentiría mejor si pudiera ver el camino.

Me refería a las placas de metal con una hendidura que nuestro conductor tuerto había fijado sobre los faros antes de salir de la base y que limitaban la visibilidad a poco más de un metro.

—No puedo —replicó en tono dicharachero—. ¡Apagón obligatorio!

Mientras él cambiaba de marcha, a mí se me bamboleaba la cabeza adelante y atrás. Me agaché y apoyé la cara sobre las manos.

Ellis me dio una palmadita en el hombro.

—Ya casi debemos de estar. ¿Crees que te haría bien un poco de aire fresco?

Me incorporé y dejé descansar la cabeza sobre el respaldo del desvencijado asiento de cuero. Ellis estiró un brazo por encima de mí y bajó la luna, dejando una ranura abierta en lo alto. Volví la cara hacia el aire frío y cerré los ojos.

—Hank, por favor, ¿podrías dejar de fumar?

No me contestó, pero una ráfaga de aire helado me anunció que había tirado el cigarrillo por la ventana.

—Gracias —dije con voz débil.

Veinte minutos después, cuando finalmente el coche se de-

tuvo y el conductor apagó el motor, yo estaba tan desesperada por sentir terreno firme bajo mis pies, que me lancé fuera del vehículo antes de que el chófer pudiera abrir su puerta y mucho menos la mía. Aterrícé de rodillas.

—¡Maddie! —exclamó Ellis alarmado.

—Estoy bien —dije.

La cubierta de nubes corría por el cielo, bajo una luna casi llena, a cuya luz vi por primera vez nuestro improbable destino.

Me incorporé y me aparté del coche, con la sensación de que volvería a ponerme mala en cualquier momento. Las piernas me llevaron por sí solas hacia el edificio con creciente rapidez. Choqué con la pared y me deslicé hacia abajo, hasta quedar acullada contra el muro.

A lo lejos baló una oveja.

Decir que no tenía ningún deseo de estar allí habría sido expresarlo de forma muy suave, pero sabía que no tenía otra opción.

—Tenemos que hacerlo —me había dicho Hank—. Es por Ellis.

Negarme habría sido una traición, un acto de calculada crueldad. Por eso, por la guerra entre mi marido y su padre, y por su insana obsesión con un monstruo mítico, habíamos cruzado el Atlántico, justo en el momento en que un auténtico perturbado mental, un monstruo real, intentaba dominar el mundo por sus propias razones de egolatría y soberbia.

Habría dado cualquier cosa por retroceder dos semanas, hasta la fiesta de Nochevieja, para poder escribir un guion completamente distinto.

### **Rittenhouse Square, Filadelfia, 31 de diciembre de 1944**

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos!

La palabra «uno» ya se había formado en nuestros labios, pero antes de salir al exterior, hubo una explosión sobre nuestras cabezas. Mientras se levantaban gritos a nuestro alrededor, me apreté contra Ellis y le tiré todo el champán encima. Él me rodeó la cabeza con un brazo protector, sin derramar ni una sola gota.

Cuando los gritos cesaron, oí un tintineo en lo alto, como de cristales rotos, unido a un inquietante gemido. Intenté ver algo desde mi posición contra el pecho de Ellis.

—¿Qué demonios...? —dijo Hank, sin una sombra de sorpresa. Creo que fue la única persona en la sala que no se sobresaltó.

Todas las miradas se volvieron hacia arriba. Diez metros por encima de nuestras cabezas, una colosal lámpara de araña se balanceaba al final de su cadena plateada, proyectando prismas resplandecientes sobre las paredes y el suelo. Era como si un arco iris hubiera estallado en un millón de pedazos que de pronto se hubieran puesto a bailar sobre el mármol, las sedas y los damascos. Todos lo observábamos paralizados. Yo eché un vistazo nervioso a la cara de Ellis y después volví a mirar al techo.

Un corcho enorme aterrizó a los pies del general Pew —nuestro anfitrión en una fiesta que probablemente era la más esperada del año— y se fue rebotando por el suelo, como una seta hinchada. Una fracción de segundo después, un trozo de cristal del tamaño de un huevo de codorniz cayó del techo directamente en su copa y casi la vació. El general se quedó mirando la copa divertido y achispado y, después, con mucha calma, sacó su pañuelo y se puso a limpiarse la chaqueta.

Cuando todos estallaron en carcajadas, observé que un sirviente pálido e inmóvil, vestido con calzón corto de lacayo antiguo, temblaba en lo alto de una escalera de mano, intentando evitar que se desbordara del todo la botella de champán más enorme que había visto en mi vida. Delante, sobre una mesa de mármol, se erguía una estructura de copas, dispuestas de tal manera que habría sido posible llenarlas todas con un chorro continuo vertido en la más alta. Mientras un río espumoso bajaba en cascada por los lados de la botella y por las mangas del sirviente, el pobre hombre miraba a la señora Pew con el rostro demudado de espanto.

Hank evaluó la situación y, por lo visto, se compadeció del lacayo. Alzó la copa, levantó también la otra mano y, con el estilo florido de un maestro de ceremonias, exclamó:

—¡Uno! ¡Feliz Año Nuevo!

La orquesta atacó el *Auld Lang Syne* y el general Pew se puso a dirigirla con la copa vacía, mientras su esposa sonreía a su lado, radiante de felicidad. Su fiesta no sólo estaba siendo un éxito resonante, sino que además tendría una graciosa anécdota que la gente recordaría durante años.

*Las viejas amistades no habremos de olvidar,  
como en los viejos tiempos...*

Los que se sabían la letra se pusieron a cantar con la orquesta. Yo me había refrescado la memoria esa misma tarde, para



estar preparada cuando llegara el gran momento; pero cuando el tapón de corcho se estrelló contra el cristal, la letra se me fue completamente de la cabeza. Cuando llegamos a la parte de la canción que habla de las laderas floridas y las margaritas, me di por vencida y me sumé al entusiasta «la-la-la» de Ellis y Hank.

Los dos balanceaban las copas en solidaridad con el general Pew, rodeándome la cintura con el brazo libre. Al final, Ellis se inclinó hacia mí para besarme.

Hank miró a un lado y a otro y, con fingido desconcierto, comentó:

—No recuerdo dónde he dejado a mi pareja. ¿Qué habré hecho con ella?

—Lo que *no has hecho* es casarte —respondí yo con un resoplido que casi me hizo expulsar el champán por la nariz.

Había bebido por lo menos cuatro copas con el estómago vacío y me sentía audaz.

Entonces Hank abrió la boca como si estuviera enfadado, aunque ni siquiera él podía fingir que ignoraba la creciente desesperación de Violet ante el carácter aparentemente interminable de su noviazgo.

—¿De verdad se ha ido? —preguntó algo más seriamente mientras recorría la sala con la mirada.

—No estoy segura —dije—. Hace un rato que no la veo.

—Entonces ¿quién me dará el beso de Año Nuevo? —se quejó con aire desolado.

—Ven aquí, tontaina. —Me puse de puntillas y le planté un beso en la mejilla—. Siempre nos tendrás a nosotros. Y nosotros no te exigimos ningún anillo.

Ellis nos miró de soslayo con expresión divertida y le indicó a Hank con un gesto que se limpiara mi pintalabios de la mejilla.

Un poco más allá, el sirviente seguía en equilibrio en el penúltimo peldaño de la escalera de mano. Estaba doblado por la

cintura, tratando de dirigir la botella hacia la copa más alta, y había pasado de pálido a morado por culpa del esfuerzo. Su boca de labios apretados era una mera línea sombría. Miré a mi alrededor para ver si alguien pensaba ayudarlo, pero no vi nada.

—Ellis, me parece que ese hombre necesita que alguien le eche una mano —dije señalando con la cabeza en dirección al sirviente.

Ellis se volvió.

—Tienes razón —dijo mientras me pasaba la copa—. ¿Vamos, Hank?

—¿De verdad creéis que se ha ido? —insistió Hank, melancólico, con los labios planeando sobre el borde de su copa—. Estaba preciosa esta noche, hermosa como una aparición. Su vestido era del color del crepúsculo, con lentejuelas semejantes a estrellas celosas en su nocturna galaxia, aunque nada, *nada* podría compararse con la névea blancura de su piel...

—¡Chicos! ¡Concentraos! —dije.

Hank volvió repentinamente a la vida.

—¿Qué?

—Maddie cree que ese hombre necesita ayuda —explicó Ellis.

—Esa botella es enorme —dije—. No creo que pueda manejarla solo.

—Supongo que no. Es una *baltasar* —añadió Ellis.

—Eso no es una *baltasar* —lo contradijo Hank—. Es una *nabucodonosor*.

Al sirviente le temblaban los brazos. Empezó a servir la copa, pero no acertó. El champán se derramó entre las copas y comenzó a caer entre chapoteos sobre la mesa y el suelo. El hombre tenía las mangas y los guantes empapados.

—Oh, no —dijo Hank.

—Lo mismo digo —convino Ellis—. La señora Pew no estará contenta.

—No sé por qué, pero sospecho que la señora Pew nunca está contenta —señaló Hank.

Ríos de sudor corrían por la frente del pobre sirviente, que parecía a punto de caer de cara sobre las copas. Busqué con la mirada a la señora Pew, para ver si podía ofrecer alguna ayuda, pero se había marchado. Intenté hacerle señas al general, pero estaba atendiendo a su corte con una copa recién servida en la mano.

Le dio un codazo a Ellis.

—¡Ve tú! —lo animé con urgencia—. ¡Ve a ayudarlo!

—¿Ayudar a quién? —preguntó Hank.

Lo miré con severidad, con mucha severidad, hasta que reaccionó.

—¡Ah, sí! Claro.

Intentó pasarme su copa, pero yo ya tenía dos en las manos. La dejó en el suelo y se arregló las solapas de la chaqueta con gesto expeditivo. Sin embargo, antes de que Ellis y él pudieran movilizarse, llegaron refuerzos, en forma de varios sirvientes más, que traían consigo cuatro botellas más pequeñas pero aun así de tamaño considerable, y otras tres escaleras de mano. La señora Pew iba tras ellos, para asegurarse de que todo estuviera bajo control.

—Esas botellas sí que son *baltasares* —dijo Hank con cara de conocedor.

Recogió su copa del suelo y se la bebió de un trago.

—No. Ésas son *jeroboams* —replicó Ellis.

—Te aseguro que sé de champán —insistió Hank.

—¿Y yo no?

—Me parece que os equivocáis los dos. Son *ebenezers* —dije. Con eso los dejé sin habla.

Entonces me eché a reír, animada un poco por la bebida.

—¡*Ebenezer!* ¿No lo pilláis? ¡El protagonista de *Cuento de*

*Navidad!* ¡Estamos en plenas fiestas navideñas! Da igual... ¿Podéis conseguirme otra copa? La mía se ha derramado.

—Sí, encima de mí —dijo Ellis.

Hank giró sobre sí mismo y dejó su copa sobre la bandeja de un camarero que pasaba. Después dio un par de palmadas.

—Muy bien. ¿Quién se apunta a una batalla de bolas de nieve?

Nos derrumbamos directamente en el suelo y nos pusimos a marcar ángeles de nieve justo delante de la mansión de los Pew y de los chóferes con librea que esperaban en fila a los invitados. Yo formé una bola de nieve y conseguí estrellársela a Ellis en el pecho, antes de soltar un alarido y escapar corriendo al interior de la casa.

En el vasto vestíbulo, Ellis me ayudó a sacudirme la nieve del pelo y la espalda. Hank me colgó su chaqueta sobre los hombros desnudos y, entre los dos, me condujeron hasta un trío de ornamentadas butacas tapizadas, delante de un crepitante fuego. Hank, que había tenido la suficiente claridad mental para recoger mi estola de visón mientras regresábamos, la sacudió y la extendió sobre el borde de la mesa de madera de palisandro que teníamos delante. Ellis se fue a buscar ponche caliente para los tres y yo me quité los guantes, que estaban manchados y empapados.

—¡Dios! ¡Mira cómo me he puesto! —exclamé bajando la vista—. ¡Estoy hecha un horror!

Tenía los zapatos y el vestido de seda completamente arruinados. Intenté en vano alisar las partes más mojadas, mientras comprobaba con rapidez que aún conservaba los dos pendientes. Los guantes no me preocupaban en exceso, pero esperaba que la estola pudiera salvarse. De lo contrario, habría conseguido destruir todo mi modelo.

—No estás hecha ningún horror. Estás espléndida —dijo Hank.

—*Estaba* —me lamenté yo.

Había pasado toda la tarde en el Salón Antoine, peinándome y maquillándome, y llevaba dos días sin comer prácticamente nada para que el vestido tuviera la mejor caída posible. Estaba confeccionado con una maravillosa seda de color granate, la misma que los zapatos. El tono combinaba con el rubí de mi anillo de compromiso y hacía destacar mis ojos verdes. Ellis me había regalado el vestido y los zapatos unos días atrás y, antes de la fiesta, yo me había presentado ante él, girando sobre mí misma como una bailaora flamenca, para mostrarle el vuelo de la falda. Él había expresado su deleite, pero yo había sentido la misma tristeza de siempre, intentando imaginar una vez más cómo me vería. Mi marido padecía un tipo de daltonismo que no le permitía distinguir ningún color, por lo que mi conjunto debía de parecerle una mera combinación de grises. Me preguntaba cuáles serían esos grises, cuántas variantes tendrían y si los vería con diferentes intensidades. Yo era incapaz de imaginar una vida sin colores.

Hank se desplomó en una butaca, dejando una pierna colgada por encima de un brazo. Se deshizo el nudo de la pajarita y se abrió los puños y el cuello. Parecía Clark Gable después de un naufragio.

Yo tiritaba enfundada en su chaqueta, que mantenía cerrada con los dedos, desde dentro.

Hank empezó a palparse el pecho y los costados. De repente se detuvo y arqueó una ceja.

—¡Oh! —exclamé yo, al comprender lo que estaba buscando.

Saqué el estuche de los cigarrillos del bolsillo interior de su chaqueta y se lo di. Lo abrió con una sola mano y me lo tendió, ofreciéndome un cigarrillo. Yo lo rechacé con un gesto, de modo que cogió uno para él y cerró el estuche con un chasquido.

—Entonces ¿qué? —dijo con un brillo juguetón en la mirada—. ¿Vamos a buscar al monstruo?

—¡Sí, claro! —repuse yo, descartando la idea con un gesto—. ¡Zarpemos en el próximo transatlántico!

Era lo que siempre decía cada vez que salía el tema. De hecho, salía bastante a menudo y, por lo general, después de beber como cosacos. Era nuestro pequeño juego.

—Creo que a Ellis le haría bien viajar. Parece deprimido.

—Ellis no está deprimido —repliqué—. Eres tú el que quiere huir de las garras de Violet.

—No es cierto —protestó él.

—¡Ni siquiera notaste que se había marchado!

Hank agachó la cabeza y asintió, dándome la razón en ese aspecto.

—Supongo que debería enviarle flores.

—A primera hora de la mañana —dije yo.

Hizo un gesto afirmativo.

—Claro que sí. Nada más levantarme, a las doce en punto del mediodía, le enviaré unas flores. ¡Palabra de *boy scout*!

—Y, además, deberías casarte con ella. Necesitas civilizarte y yo necesito una chica en nuestro grupo. Sólo os tengo a Ellis y a ti.

Se llevó una mano al corazón, como si hubiera recibido una herida mortal.

—Y ¿no tienes suficiente con nosotros?

—A veces creo que tengo *demasiado*. Pero, ahora en serio, ¿cuánto tiempo piensas hacerla esperar?

—No lo sé. No estoy seguro de querer civilizarme aún. Pero cuando esté preparado, la dejaré trincharme y servirme. E incluso la dejaré elegir la porcelana.

Mientras apoyaba mi copa en la mesa, eché otro vistazo a mi vestido y mis zapatos.

—Creo que yo también necesito civilizarme. ¿Querrás, por favor, casarte con ella de una vez?

—¿Qué es esto? ¿Una emboscada? —Dio un par de golpeci-

tos al cigarrillo contra la tapa del estuche y después se lo llevó a los labios. Un sirviente salido de la nada se lo encendió—. Hum. Gracias —dijo Hank inhalando. Se recostó en la butaca y dejó que el humo se le deslizara de la boca a la nariz, en una arremolinada cinta blanca que volvió a inhalar. Tenía un nombre para esa maniobra: *la cascada irlandesa*—. Si me casara con ella, Ellis y yo estaríamos perdidos, porque vosotras dos haríais frente común contra nosotros.

—No podríamos vencerlos —dije—. Estaríamos en igualdad numérica.

—Nunca hay igualdad entre los sexos. Tú ya haces lo que quieres con Ellis y conmigo, sin necesidad de compincharte con nadie.

—¡No es cierto!

—Ahora mismo, en este preciso instante, me estás manipulando para hacerme caer en la trampa del matrimonio, que es la conspiración femenina definitiva. En eso os ponéis de acuerdo todas. Yo, personalmente, no acabo de verle la gracia.

Volvió Ellis, seguido de un camarero, que depositó tres humeantes tazas de cristal sobre la mesa, delante de nosotros.

Hank apoyó el cigarrillo en un cenicero y cogió su ponche. Sopló un poco el vapor y bebió un sorbo con cuidado.

—¿Sabes, Ellis? —dijo—. Nuestra querida niña estaba diciendo hace un momento que deberíamos salir de viaje. En busca de un plesiosaurio.

—Sí, seguro que ha dicho eso.

—De verdad que sí. Lo tiene todo planeado —insistió entonces Hank—. Cuéntale, Maddie.

—Estás bebido —repliqué yo, riendo.

—Es cierto, lo reconozco —dijo Hank—, pero sigo creyendo que deberíamos hacerlo. —Aplastó el cigarrillo con tanta fuerza que se apagó y se abrió como un petardo estallado—. Lleva-

mos años hablando al respecto. ¿Por qué no hacerlo ahora? Lo digo en serio.

—No, no lo dices en serio —intervine yo.

Una vez más, Hank se llevó una mano al corazón.

—¿Qué ha pasado contigo, Maddie? No me digas que has perdido el espíritu aventurero. ¿Ha estado Violet civilizándose en secreto?

—No, claro que no. Tú se lo has impedido. Pero ahora no podemos ir a ninguna parte. Ya no circulan los transatlánticos, desde que el *Athenia* se fue a pique.

Me di cuenta de que lo había dicho como si al buque se le hubiera abierto espontáneamente una vía de agua, cuando en realidad había sido torpedeado por un submarino alemán mientras navegaba con mil cien civiles a bordo.

—Querer es poder —dijo Hank, asintiendo gravemente. Bebió otro sorbo de ponche y después miró el vaso con gesto acusador—. Vaya. Creo que prefiero el whisky, después de todo. Vuelvo enseguida. Ellis, habla con tu mujer. Es evidente que está adquiriendo malos hábitos.

Tomó impulso para levantarse de la butaca y, por un momento, pareció como si fuera a caerse de bruces. Pero se agarró al respaldo de la silla de Ellis, recuperó el equilibrio y finalmente echó a andar, desviándose a un lado y a otro como una mariposa en vuelo.

Nosotros permanecemos en relativo silencio, dentro de una burbuja creada por las conversaciones y las risas de los demás.

Ellis se fue deslizándose hacia abajo por el respaldo, hasta que su silla probablemente parecía vacía vista por detrás. Tenía los ojos vidriosos y se había vuelto un poco gris.

A mí me zumbaban los oídos por el champán. Levanté las dos manos para tocarme el pelo y descubrí que los rizos de un costado se habían soltado y se me habían pegado al cuello. Bus-



cando un poco más, noté que la tiara de brillantes que me había dado mi suegra ya no estaba en su sitio. Sentí una punzada de pánico. Había sido un regalo de bodas, un raro momento de compasión de una mujer que nunca había disimulado su disgusto ante la perspectiva de que yo me casara con su hijo, pero que aun así había sentido el impulso de hacerme ese regalo segundos antes de que Hank me llevara del brazo por el pasillo de la iglesia.

—Creo que deberíamos hacerlo —dijo Ellis.

—¡Sí, claro! —respondí yo alegremente—. ¡Zarpemos en el próximo trans...!

—Lo digo en serio —me interrumpió él con severidad.

Levanté la vista sorprendida por su tono de voz. Tenía las mandíbulas apretadas. No sabía bien cuándo había sucedido, pero su humor había cambiado. Ya no estábamos jugando.

Me miró irritado.

—¿Por qué no?

—Por la guerra —dije yo con suavidad.

—*Carpe diem* y todo eso. La guerra forma parte de la aventura. Y está claro que no voy a vivirla de ninguna otra manera. Tampoco Hank, desde luego. —Se pasó una mano por el pelo y un mechón se le quedó de punta—. Ya sabes cómo nos llaman, ¿verdad? Los *cuatro-efes*.

Hank y él eran los únicos de la sala con la clasificación 4F, «no aptos». Me pregunté si alguien se habría burlado de él cuando había entrado a buscar los ponches.

A Hank no le preocupaban sus pies planos, como tampoco le importaban la mayoría de las cosas, pero Ellis había quedado destrozado cuando le habían asignado la 4F. Su daltonismo había pasado inadvertido hasta que intentó alistarse y lo rechazaron. Aunque era evidente que no era culpa suya, era cierto que la gente lo miraba mal, y yo sabía que ese descrédito lo carcomía

por dentro. Era un desprecio implacable y mudo, por lo que ni siquiera podía defenderse. Su propio padre, veterano de la Gran Guerra, había reaccionado con indisimulado disgusto cuando se había enterado. La injusticia resultaba todavía más dolorosa porque vivíamos en casa de mis suegros, que perversamente nos habían privado de toda posibilidad de fuga, ya que, dos días después del ataque a Pearl Harbor, habían recortado dos terceras partes de la asignación de Ellis. Mi suegra nos lo anunció en el comedor, antes de la cena. Nos dijo con petulante satisfacción que con seguridad nos complacería saber que el dinero iría destinado a la compra de bonos de guerra, hasta que «ese terrible asunto» del conflicto hubiera terminado. Estrictamente hablando, puede que realmente utilizaran el dinero para eso, pero estaba claro que el verdadero motivo era castigar a Ellis. Su madre quería vengarse de él por haberse atrevido a casarse conmigo, y su padre..., bueno, las razones de su padre no estaban muy claras. O bien no se creía el daltonismo de Ellis, o bien no se lo perdonaba.

Como resultado de esa pesadilla, nos veíamos obligados a vivir bajo el constante escrutinio de unas personas que habíamos llegado a considerar nuestros carceleros.

—¿Sabes lo difícil que es que todo el mundo te mire, preguntándose por qué no estás en el ejército? —prosiguió.

—Nadie te mira...

—¡No seas condescendiente conmigo! ¡Sabes muy bien que sí! Su estallido hizo que todos se volvieran para mirar.

Ellis los señaló furioso.

—¿Lo ves?

Recorrió la sala con una mirada feroz. Todas las cabezas se volvieron hacia otro lado y las expresiones escandalizadas se desviaron hacia otros puntos de la sala. La gente reanudó sus conversaciones, aunque en voz más baja.

Ellis me miró a los ojos.

—Parezco perfectamente sano, y lo sé —continuó, esforzándose por controlar el tono de voz—. ¡Por el amor de Dios, mi propio padre me considera un cobarde! Necesito demostrar mi valor. Tengo que demostrárselo a él, a todos ellos, ¡a mí mismo! Pensaba que tú, más que nadie, me entenderías.

—Y te entiendo, cariño —le dije.

—¿De verdad? —preguntó con una sonrisa amarga en los labios.

—Por supuesto —repliqué, y era cierto que lo entendía, aunque en ese momento habría dicho cualquier cosa para tranquilizarlo.

Había estado bebiendo licores fuertes desde la tarde y yo sabía que las cosas podían degenerar con rapidez. El visible esfuerzo del resto de la gente para no mirarnos presagiaba un comienzo de año bastante desagradable.

Mi suegra, que se había perdido la fiesta por culpa de una migraña, seguramente empezaría a recibir informes de nuestra conducta hacia el mediodía del día siguiente. Podía imaginar su reacción cuando se enterara de que había perdido la tiara. Decidí telefonar a la señora Pew al día siguiente y suplicarle con humildad su ayuda. Si la tiara se me había caído en la nieve, probablemente habría desaparecido para siempre; pero si se había escurrido por el respaldo de algún sofá, todavía podía aparecer.

Ellis me miraba de cerca, con el fuego de la chimenea bailando en los ojos. Al cabo de unos segundos, su airada máscara se disolvió en una expresión de alivio entristecido. Se inclinó hacia un lado para darme unas palmaditas en la rodilla y estuvo a punto de caerse de la butaca.

—¡Ésa es mi chica! —dijo esforzándose por recuperar la verticalidad—. ¡Siempre dispuesta a la aventura! Tú no eres como las otras, ¿lo sabías? Las demás no son divertidas. Por eso Hank

no se casa con Violet. Está esperando encontrar otra como tú. Pero esa otra no existe. Hay una sola, y la tengo yo.

—¿A qué viene tanto parloteo? ¿De quién estáis hablando? —dijo Hank, como salido de la nada, mientras se dejaba caer en su butaca—. ¡Aquí! —gritó haciendo chasquear los dedos por encima de la cabeza. Un camarero depositó más bebidas sobre la mesa, delante de nosotros. Hank se volvió nuevamente hacia Ellis—. ¿Qué dice tu mujer? ¿Otra vez está intentando casarme? Aquí hay demasiado eco y no oigo.

—No. Ha aceptado. Nos vamos a Escocia.

Hank abrió unos ojos enormes.

—¿De verdad?

Me miró, buscando confirmación.

Yo no era consciente de haber aceptado nada, al menos desde que había quedado claro que no estábamos de broma. Pero como de ese modo conseguí desactivar la bomba y quizá también salvar la velada, decidí seguirles el juego.

—Por supuesto —contesté con un grandioso ademán—. ¿Por qué no?